



Juan Carlos Rodríguez

una publicación de la

Sociedad Gaditana de Historia Natural



"VILLA VIOLETA". 1944

Juan Carlos Rodríguez

Introducción

Es comúnmente aceptado que la ornitología española, como afición y ciencia, tuvo en gran medida como lugar de nacimiento a la provincia de Cádiz. La amplia colonia británica en Jerez vinculada al negocio bodeguero, por una parte, y la presente en Gibraltar, por otro, "importaron" esa pasión por la Historia Natural que, a finales del siglo XVIII, el *Critical Review* llegó a señalar como "el estudio favorito de todos los tiempos". Pero, en cambio, es casi desconocido el puñado de hogares gaditanos donde se acrisolaban los conocimientos y se practicaba el íntimo "naturalismo de salón" al que obligan las jornadas de campo.

Concretamente, entre finales del XIX y los años 70 del pasado siglo, son una escasa decena los lugares desde dónde se practicaba la ornitología descriptiva —la más popular entre las ciencias naturales—, ya sea, en la mayoría de los casos, sugestivamente escrita o deliciosamente pintada. Así nos encontramos el Recreo de las Cadenas y Villa Santa Bibiana en Jerez, la finca Santo Domingo en Sanlúcar, el Castillo de Arcos de la Frontera, Villa El Águila en Algeciras... Estos y otros están siendo objetos de un ambicioso trabajo coral que esperamos pronto vea la luz. Pero, de entre ellos, hay uno que es propicio anticipar.

Gracias al trabajo historiográfico del proyecto Limes Platalea-SGHN, pudimos identificar uno de esos hogares, llamado "Villa Violeta", en la chiclanera playa de La Barrosa. Cuyo legado sociocultural ha resultado ser un importantísimo eslabón perdido de la historia de la Ornitología e incluso de la de Doñana. Tanto, que nos ha abierto las puertas a importantes fuentes que nos hablan y describen el "inmediato después" de la naturaleza descrita por los celebérrimos Abel Chapman y Walter J. Buck en sus sendos libros *La España agreste* y la *España Inexplorada*.

Con ocasión de la edición de un libro recopilatorio de las historias de la playa de La Barrosa*, nuestro socio el periodista Juan Carlos Rodríguez —promotor, junto a Fco. Hortas y al que suscribe, de un ambicioso proyecto editorial sobre el legado de Violeta Buck y William H. Riddell en los archivos de la familia Mora-Figueroa— ha publicado un capítulo con un evocador relato que a partir de datos inéditos de nuestra investigación y de los recursos y licencias de la literatura histórica, nos traslada hábilmente a tiempos donde una playa en la antesala de la Janda, como es La Barrosa, era una parte más de la "gran Doñana" que conformaban todas las playas y los humedales del Golfo de Cádiz.

En sus líneas encontraremos muchos y sugerentes datos inéditos, como cuáles eran los prismáticos que permitieron a sus propietarios describir una naturaleza en unos libros que, al leerlos, "nos hace palpitar fuertemente el corazón" –como bien dice Juan Carlos, de viva voz– ante una naturaleza que todavía era nueva y salvaje y que hoy anhelamos recuperar. O cómo estos libros tuvieron un tercer y hasta ahora anónimo autor...

Y sólo es un botón de muestra de los muchos que hemos de contar.

El carácter ecléctico de la línea editorial de El Corzo, nos permite incorporar por primera vez un novelado ensayo histórico. Y a buen seguro habrá más.

> Javier Ruiz SGHN

RODRIGUEZ, J.C ET AL. 2017. De Torre a Torre. Historias de la playa de la Barrosa. Círculo de Autores. Editorial Navarro. Chiclana. 235pp.



"Villa Violeta". 1944

Viste de blanco, como siempre. No lleva ninguno de esos trajes largos y holgados, ceñidos a la cintura y con cinturones de fantasía, con los que posa en las fotografías que mi familia aún conserva. En esas composiciones de estudiadas posturas que escenificaban mi padre, mis tías, mis primos, frente a una cámara de cajón y fogonazo de magnesio. Lo hacían en las fiestas que mi abuela Josefa celebraba en el recreo del Altillo o en las reuniones benéficas de su madre, doña Ana —Mrs. Buck la llamaban todos—, y que tenían como sede aquel magnífico recreo de las Cadenas que hoy pertenece al duque de Abrantes y donde vivía doña Violeta junto a la variada fauna que habitaba en sus espléndidos jardines: avutardas, grullas, flamencos, perros esteparios y hasta un lince. He estado repasando esas evocadoras estampas antes de venir a Chiclana. Y en ellas brilla una joven hermosísima, de vestidos relucientes y blanquísimos, que se desparraman por el suelo como los de una novia. Doña Violeta mira al fotógrafo —Diego González Lozano, sucesor de Montenegro-con una sonrisa de sutil resignación. "La muchacha más bella de Jerez", decían entonces. Era 1911 y la veo, como en muchas otras fotografías, junto a mi padre, o en compañía de tía Margara, de Mercedes Segovia, de Leonor Ruiz y Pérez de la Riva. Hay una en la que están los dos solos. Ella, doña Violeta, con el pelo recogido en un elegante moño. Él, mi padre, sentado frente a una pequeña mesa redonda de mármol, viste una chaqueta victoriana, botas de montar y una mirada distraída que dirige a ninguna parte y con la que parece querer marcharse de la escena.

Veo ahora a aquella misma mujer. Han pasado muchos años —más de treinta— y demasiados dramas. Sigue vistiendo de blanco. Le basta un vestido de lino y un pañuelo sobre su pelo rojo caoba para defenderse del sol. No necesita ni quiere el tocado de muselina con el que está de moda cubrirse la cabeza. Ni los guantes de seda de mallas muy finas, sin costuras, que habitualmente se ponen las señoras cuando salen a la playa bajo el espléndido sol de julio. La veo ahora como un contrapunto

en la orilla de la playa, entre el fulguroso azul del mar, el índigo del cielo y el verdeo del infinito pinar que la bordea. Ya ha cruzado los sesenta años pero mantiene el paso enérgico y decidido por la orilla de La Barrosa. Hoy atraviesa sola este infinito arenal y no mira atrás. Ha madrugado como excelente británica y apenas con las primeras luces busca la almenara aún lejana del Puerco y el cuartel de Carabineros que ahora habita la Guardia Civil. Mientras que Bill y yo nos disponemos a ir hacia Torre Bermeja y cruzar las rocas hasta Sancti Petri, doña Violeta recrea una vez más ese paseo con el que se alimenta del mar y del bosque desde que llegó a La Barrosa en 1929. Imprescindible y necesario, pero que únicamente se atreve a hacer, y más en estos últimos años, cuando la marea —como sucede hoy— ha madrugado también con la bajamar y nada le impide caminar, excepto los achaques y la memoria.



Familia de W. J. Buck. A la izquierda de la imagen, Violeta y su hermano Bertram.



Ese paseo no siempre ha sido, precisamente, una plácida caminata, como lo será esta suave mañana en la que sopla el poniente y la bruma. Hubo veranos en los que era prácticamente una expedición arqueológica, ciencia a la que doña Violeta es tan proclive. El propio Bill comparte la afición y el conocimiento con ella —ambos son impecables conversadores, incansables lectores, observadores—, y muchas veces la ha acompañado en estas excursiones en las que revive la sangre, el honor y la gloria del 87th Regiment de Sir Thomas Graham en aquella batalla de La Barrosa, como siempre la han llamado en Gran Bretaña: Battlefield of Barrosa. Esa heroica batalla de la Peninsular War, como siguen enseñando en Sandhurst, el famoso Royal Military College, transcurrió aquí. En este paisaje, entre este pinar en el que se encuentra "Villa Violeta" y ese cerro del Puerco que se vislumbra a lo lejos con el torreón en el que todavía es posible encontrar balas de mosquetes y obuses. Y hasta fusiles Brown Bess, el arma básica de la Infantería de Línea británica durante la mayor parte del siglo XVIII y hasta mediados el siglo XIX. Doña Violeta los ha encontrado en esa loma, junto con restos de casacas verdes del 2º Batallón de Fusileros Irlandeses. Ella misma me ha contado que de los 722 combatientes de ese 2º Batallón murieron un oficial y 44 soldados. Siete oficiales, seis suboficiales y tambores, ciento ochenta y nueve soldados, entre todo el 87th Regiment. Hoy no hay nada que les recuerde, más que el dolor v el batir de las olas, doña Violeta v Bill Riddell, también don Guido Dingwall-Williams, actual vicecónsul británico en Jerez, como lo fue don Gualterio Buck, el padre de doña Violeta.

Nosotros los españoles no tenemos ningún motivo para rememorar aquella batalla más que la vergüenza, pero los británicos, como me confiesa doña Violeta, tienen una deuda de sangre con esta playa y este confín del Atlántico que tratan como un territorio sagrado, un cementerio de hombres de honor, valentía y patriotismo que yacen bajo los pinos, alimentando enebros y olvido. La victoria en franca inferioridad no evitó el sitio de Cádiz ni el sufrimiento de las familias de los que nunca volvieron. Bill recuenta 1.200 bajas entre los que cayeron en La



La Barrosa. Torre Bermeja. 1932. Archivo Juan Foncubierta "Legado W. Riddell-SGHN"

Barrosa —muertos, heridos y prisioneros— en el British Army. Y me dice que los franceses multiplicaron esas pérdidas por tres hasta sumar 3.500 víctimas. Lo hace con un atisbo de orgullo británico, pero luego tuerce la mirada, baja la cabeza y murmura: God rest their souls. Fue aquí donde el sargento Patrick Masterson arrebató al Ejército Imperial el primer águila —del 8º Regimiento de la 2ª División—, por lo que esta Battlefield of Barrosa, o Barossa como también lo he leído, es recordada por siempre entre las victorias by Britain and its Empire forces. Pero a doña Violeta —ahora que, de nuevo, la guerra corroe Europa y Gran Bretaña—, le trae vientos de angustia y el recuerdo de su adorado hermano Bertram, teniente del 17th Battalion Sherwood Foresters Regiment, muerto a los 45 años en Beaucourt-sur-Ancre, el 3 de septiembre de 1916 durante la cruenta batalla de Somme, precisamente en Francia. La familia nunca lo pudo velar, porque nunca se encontró su cuerpo. Es uno más entre los 72.205 soldados y oficiales británicos desaparecidos que recuerda el Thiepval Memorial to the Missing of the Somme. Una inscripción con su nombre en un pilar, ni siquiera una lápida.

De Bertram, de aquel añorado hermano, se acuerda doña Violeta cuando recorre La Barrosa y el rastro de aquella otra batalla del 5 de marzo de 1811, piensa en los soldados allí enterrados, ocultos por la historia y los narcisos. Si ha recorrido tantas veces aquel arenal con la devoción de quien penetra en un cementerio —evita los osarios en los que reposan



lo mismo caballos que hombres—, si se propuso reunir lo que aquel pinar iba descubriendo —aún así halla fusiles, sables, bayonetas, botonaduras, bandoleras—, lo hace solo pensando en *my beloved brother*, en la tumba que no tiene y en el homenaje que le debe esta tierra, este país, su propia Inglaterra, a los soldados desconocidos de nuestra Guerra de la Independencia. Y, más todavía, le da fuerza la memoria de sus propios padres, que murieron de pena por el hijo desaparecido.



Villa Violeta. Playa de la Barrosa. Gentileza de Beltrán Domecq. "Proyecto Limes Platalea-SGHN"

Ella, Mrs. Buck, doña Ana, falleció en diciembre, ni veinte días después de que, gracias a la mediación del propio rey Alfonso XIII con el káiser Guillermo II, la Oficina de Atención a los Soldados Cautivos, creada en el Palacio Real de Madrid, confirmara el 23 de noviembre el desgraciado fin de su *dear old boy*. Don Gualterio había acudido al rey—con el que había cazado en Doñana— pensando que Bertram, quien había nacido en Jerez, podría estar prisionero. No era así. Solo logró vivir unos meses más sin su hijo ni su *lovely Anne*. Murió en abril de 1917. Todo me lo ha contado Bill; él, quien también combatió como oficial de la Real Artillería Montada

en esa Gran Guerra que ahora vuelve a repetirse y que a tantos jóvenes europeos de mi generación está condenando a la más atroz de las muertes.

Me lo ha narrado mientras desayunamos en el porche bajo los arcos encalados de "Villa Violeta". No sé, ni la educación me permite en ningún modo preguntarlo, pero se me ocurre que tal vez esta sea una de las razones por las que no han tenido hijos. O puede que no. Pero ahora sé, desde esta misma mañana, que sí, que se puede morir realmente de pena. Como *Mr. and Mrs. Buck*.

Pero esa no es la cuestión por la que estoy aquí. Sí porque doña Violeta y Bill me parecen seres entrañables, cautivadores y muy cultos. Nunca me canso de escucharles cuando me invitan a su casa, el castillo de Arcos y, como hoy, a este refugio paradisíaco de "Villa Violeta". Admiré a don Gualterio Buck, como siempre le han llamado en Jerez, aunque yo, que nunca lo llegué a conocer, prefiero recordarle como Mr. Walter John Buck, todo un prohombre del vino de Jerez que levantó un imperio bodeguero que ya ha perdido su huella: Sandeman Buck y Cía. Era además un tirador infalible. La puntería de Mr. Buck todavía es legendaria, da igual si en las cacerías de patos y ánsares de Las Nuevas, en Doñana, o en el tiro a pichón que ha popularizado de Jerez a Madrid. Lo mismo aprecio al eminente naturalista y cazador que era don Abel Chapman. Ambos fueron "escriturarios" de Doñana, junto a mi abuelo, Pedro Nolasco González de Soto, y Alexander Dingwall-Williams, el padre de Don Guido. He releído una y otra vez tanto Wild Spain como Unexplored Spain, las dos magníficas obras que don Gualterio y don Abel escribieron con la apreciabilísima ayuda de Bertram y en la que nos recreamos los aficionados actuales y, estoy seguro también, las generaciones futuras amarán la naturaleza y amarán Doñana tras su lectura. Las leí incluso antes de conocer a Bill y a doña Violeta hace cuatro años. Manuel María González Gordon -mi padre-, el Marqués del Mérito y Salvador Noguera acababan de adquirir una gran parte del Coto de Doñana, y fue entonces cuando entré en contacto con este hombre extraordinario. A Bill le interesa todo, menos nuestro idioma, en el que nunca



le he escuchado una sola palabra. Hablo siempre con él, y con doña Violeta, en el old English de mis ascendientes escoceses. Doña Violeta sí que habla un correcto español. Bertram y su hermana Dolly —la más británica de las ladies jerezanas—nacieron en el convento jesuita de la plaza de la Compañía en donde tenía su sede Matthiesen, Furlong & Co, la primera bodega para la que trabajó Mr. Buck en Jerez. Doña Violeta ya nació en el hermoso recreo de Las Cadenas, adonde su padre se mudó en 1879 como socio gerente de Sandeman Buck y Cía. Curiosamente, yo lo hice en Hampton Hill, en Londres. Y Bill en una gran casa de campo victoriana en el condado de Northamptonshire, entonces corazón rural de la Inglaterra decimonónica. No vino a España hasta 1927, para casarse con doña Violeta, a quien había conocido mientras pintaba un esmerejón en "Houxty", el notable paraíso naturalista de su amigo Abel Chapman en la raya anglo-escocesa de Northumberland.

He desayunado con Bill y vamos por la orilla, con el castillo de Sancti Petri al fondo, ante el que me cuenta leyendas del oráculo de Tiro que ordenó erigir la colonia de Gadir, del templo de Melqart, señor del comercio, del mar y la fecundidad, al que a diario sacrificaban ovejas, cabras, toros, corderos o ciervos. Los cerdos estaban, en cambio, prohibidos. Era un animal que horrorizaba al dios fenicio, que, en cambio, admitía primogénitos humanos, aún niños. Pero Bill me dice que cree que no, que en ninguna colonia fenicia se han encontrado restos humanos sacrificados "al fuego". Sí pájaros: la codorniz, por ejemplo, que se inmolaba en honor a este Melgart, dios de la muerte y la resurrección. A veces pienso que Bill lo sabe todo. Pero hubo un tiempo, cuando aún era joven —"en otra vida", dice por los años que han pasado— que vivió en Chipre, también colonia de los fenicios, también con un templo dedicado al dios Melqart, también con los mismos sacrificios y las mismas levendas. Pero ha sido nombrar la codorniz y nos hemos mirado sonriendo. Los dos hemos venido a pensar lo mismo: ¿Y si aquí en vez de codornices los sacerdotes del templo arrojaban al fuego torillos? Es que, justamente, es de lo primero que hemos hablado esta mañana, del torillo (Turnix sylvatica). Bill me ha



Walter J. Buck y Abel Chapman.

pedido que le busque uno porque quiere pintarlo y nunca ha visto ninguno. Los *birdwatchers* lo conocen como *Andalucian Hemipode*, que es su denominación en inglés, pero ya es una especie rara aquí también.

Aunque es de la familia de las grullas, se parece mucho a una codorniz, especialmente al arrancar el vuelo. De ahí que los fenicios —como aún hoy muchos cazadores— hubieran podido confundir torillos por codornices. Además, Bill me ha advertido que no consideraba acertado llamarle así. El nombre de torillo le viene por el canto, que es parecido a un mugido lejano del ganado vacuno, y me decía que normalmente el macho es el que incuba, mientras la hembra sale a buscar comida y a defender el territorio. Riéndose me sugería que le cambiáramos el nombre español, que le llamáramos vaquilla en vez de torillo.

Hemos madrugado en este paseo para aprovechar la bajamar y también evitar el sol que tanto ha castigado a Bill en el altiplano de Rhodesia.



Queremos atravesar este acantilado de grandes y saturadas pinceladas de naranjas y amarillos, con toques de color verde y del ocre del musgo rocoso, para observar las limícolas en migración postnupcial que Bill ha sorprendido otros veranos descansando en esta orilla en vez de en la inmediata marisma de Sancti Petri. Me lo está contando y veo cuánto le sigue emocionando al veterano ornitólogo y célebre pintor ir en su busca. Y ahí están en feliz espectáculo el vuelvepiedras común conviviendo con los chorlitejos grandes, las agujas colipintas, los chorlitos grises y esos archibebes oscuros tan raros de ver o, al menos, que antes yo no había visto ni siquiera en las salinas del Guadalete. Y entre ellos corretean por la playa en busca de su festín toda clase de graciosos correlimos: el zarapitín, el gordo, el común y el menudo, el más pequeño de todos, también el más atrevido. Bill observa esas curiosas limícolas con sus binoculares Carl Zeiss Jena, modelo Silvamar —que fueron de Abel Chapman, y que este regaló a don Gualterio en 1908—, y las pintará después con una fidelidad no alcanzada antes, con una vivacidad que a mis jóvenes ojos resulta increíble.

Nunca le pregunté a Bill por qué eligió encerrarse aquí donde la playa muere en los acantilados y la costa se extingue en los esteros, entre los pinos piñoneros y las dunas de La Barrosa, y no huir del calor de Arcos a Biarritz o a San Sebastián, como se ha hecho en Jerez desde siempre, antes por supuesto de esta guerra y de la nuestra, que aún duele y quema. No era necesario. Me basta ver cómo



"Limícolas en Sancti- Petri" W.H. Riddell. Colección Mauricio González Gordon y Díez

disfruta esta mañana. Bill rejuvenece en La Barrosa. Es su paraíso. Hay en él cada verano un entusiasmo renovado que es el reflejo de la luz en la que vuelan los escasos palitroques. Del océano que ha pintado una y otra vez. De las olas tras las que se lanzan las águilas pescadoras. De la inmediata marisma con esas cigüeñuelas, las avocetas, los chorlitejos patinegros o los charrancitos que dibuja al alba. De los paseos mientras el sol se esconde entre las gaviotas argénteas de curiosas patas amarillas —que cuando menos la hacen una subespecie— y los sanderlings, los correlimos tridáctilos. Aquí revive la Doñana que tanto le inspira, que tan bien conoce y que don Abel le enseñó a amar. Esta preciosa reliquia de naturaleza virgen que es La Barrosa, con sus pinos, enebros y azucenas de mar, es también un trozo de esa soledad salvaje que a don Gualterio y don Abel les parecía Doñana, como escribieron en Wild Spain, cuya primera edición por Gurney and Jackson, comprada en Londres, poseo como un tesoro. Pero el primer libro importante de pájaros que tuve en mi vida, Guide to the birds of Europe and North Africa, del coronel R. G. Wardlaw Ramsay, me lo regaló Bill. Y como un legado me ha entregado hace unos días uno de sus favoritos, The Ornithology of the Straits of Gibraltar, del teniente coronel L. Howard L. Irby.

Fue Bill quien me enseñó a amar este paisaje y a él le debo en gran parte mi afición a la ornitología. Aprendo a su lado a identificar las aves en el campo, en este mismo pinar, en esta playa, y las cartas que me escribe constituyen verdaderas lecciones de Historia Natural. Disfruto de sus enseñanzas aquí en "Villa Violeta", en estas veinte hectáreas que le regaló a su esposa, y en el castillo de Arcos, monumento histórico que ella compró al Banco de Castilla para salvarlo de la piqueta. Fue en 1922, mucho antes de conocer a Bill, tras la bancarrota de los duques de Osuna y cuando yo no había nacido todavía. Y le ha bastado una vida para restaurarlo y transformarlo en su casa y en la de Bill, quien ha hecho de su torreón el estudio donde pinta aves y nubes, la fauna africana que nunca olvidará y hasta salmones de Northumbria. Desde la ventana de ese torreón sobre el tajo de Arcos observa los buitres leonados y los alimoches, aunque le tiene especial cariño a los cernícalos primillas,





Mauricio González Gordon

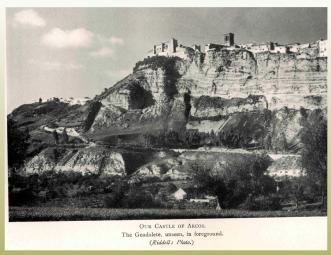
los pequeños y tímidos halcones que le recuerdan al cetrero que fue cuando aún era joven. Los lleva estudiando quince o dieciséis años, que son los que lleva casado y asentado en el castillo, y afirma que son aves capaces de razonar. No lo pongo en duda si lo dice Bill. "El hecho de que sus presas potenciales reaccionen hacia las aves rapaces mostrando miedo obvio, como por ejemplo las perdices ante una silueta artificial de milano, puede ser llamado legítimamente instinto. Pero cuando algunas, como los cernícalos primillas, regulan este miedo entre pánico extremo y mero nerviosismo momentáneo, según la especie de rapaz que se presente, estamos con toda seguridad ante algo que va más allá de los confines del instinto y debemos admitir por lo menos que se trata de ciertos rudimentos de razón". Eso ha escrito —y así me lo lee—, porque aunque la fama de Bill proceda de sus óleos, sus acuarelas, sus gouaches, de su magnífica capacidad de captar el alma de la naturaleza, también es un perspicaz y riguroso escritor que ha publicado en célebres revistas, como la victoriana Blackwood's Magazine, todo tipo de artículos: sobre ornitología, sobre arte persa, sobre el mito del unicornio, sobre las expediciones de caza en Kenia —es igualmente un hábil cazador que ha vivido más de veinte años en África— o sobre las pinturas de la cueva de Altamira, que me describió en la larga mesa del comedor pequeño del castillo de Arcos como "una de las cosas más sorprendentemente impresionantes que he visto". No olvidaré esa conversación porque no solo me relató aquel viaje de 1932 con el abate Breuil y Hugo Obermaier, sino que a continuación me ofreció un ejemplar del magnífico librito que dedicó a aquellas pinturas del Paleolítico Superior que hace miles de años realizaron quienes considera -con un respeto casi sagrado- sus lejanos predecesores: los primeros "pintores-cazadores". Ahora me revela que ha recibido una carta de Miss Boyle, la fiel colaboradora de Breuil, afirmando que el creador del cómic de Mickey Mouse, Walt Disney, ha visto en el Field Museum de Chicago las "escenas prehistóricas" que el propio Bill había pintado años atrás en homenaje a esos cazadores paleolíticos que tanto le impactaron y que quiere hacer una película en la que contaría con el abate y con Riddell. El Field Museum de Chicago, me explica, se ha ofrecido a patrocinarla.

Ese comedor del castillo en el que hemos almorzado —y conversado— tan a menudo da a una gran terraza sobre la peña de Arcos y lo preside uno de sus cuadros, quizás mi preferido. Bill pintó una sola pluma de avutarda de tamaño natural, pero es tal su realismo que cuando se abre una puerta miro instintivamente para ver si sigue allí, sobre el óleo, o se la ha llevado la corriente. Cómo consigue ese rigor en los menudos detalles fue de las primeras cosas que le pregunté cuando lo conocí, y luego lo ha narrado en un artículo que publicó en Antiquity el verano pasado. El truco —si cabe llamar así a lo que es simplemente talento— es usar para pintar otra pluma, la pequeña primaria bastarda del ala de la agachadiza. Le dije que en Jerez, en la cañada de la Loba, la cazábamos en invierno y me pidió que le guardara esas plumas porque no había pincel capaz de igualar su precisión para ojos y rasgos minúsculos. Desde entonces las llamo painter's feather —pluma de pintor—, porque Bill las usa constantemente. Las plumas son otro de sus campos de interés, y me contaba, por ejemplo,



cómo las grandes primarias del ansar común ya aparecían en las flechas de los cazadores a finales del Paleolítico. Y que estas fueron las primeras plumas con las que los árabes comenzaron a escribir cuando trajeron el papel a España en el siglo XII. Siempre le gusta tener algunas en su estudio, en Arcos, y también aquí en uno de los chozos que llaman Los Drogos y que están dentro de los límites de "Villa Violeta". Aquí instala cada verano provisionalmente un pequeño taller. Es donde ahora está pintando el que creo que es, entre todos, su gran descubrimiento ornitológico: las golondrinas daúricas de "Villa Violeta".

Realmente, si estoy aquí en Chiclana, en la misma orilla, en el pinar de La Barrosa, hoy, es por su entusiasmo con este hallazgo. Me ha hecho venir de Jerez y dejar la bodega para mostrarme este ave que yo jamás había contemplado, ni tampoco Irby ni Chapman. El propio Bill, con su letra menuda y casi siempre indescifrable, había escrito al margen en el libro de Irby que me ha regalado: "Very rare in Andalucía. One (or a pair) seen at Junta de los ríos on April 28th 1917. (A.C. never saw one in Spain)". La novedad de la que está tan emocionado Bill—algo infrecuente, hay que admitirlo— es que esta golondrina típicamente africana no solo se puede observar en La Barrosa, sino que también ha anidado y se ha reproducido aquí, de lo cual no hay precedente en Europa. Ya el



Arcos de la Frontera en los años del relato. En: CHAPMAN, A. 1928. Retrospect. Reminiscenses and impressions of a hunter-naturalist. Gurney and Jackson. London. 353 pp. Biblioteca Javier Ruiz

verano pasado Bill vio cómo dos de estas aves criaron con éxito en un nido del porche de "Villa Violeta". Este marzo, cuando vino a recordar la batalla de La Barrosa en la Torre del Puerco y a ordenar la casa de recreo para el verano, vio que habían reparado el nido viejo del año anterior. Volvió a Arcos dejando orden a los guardeses de que, entre otras tareas, encalaran la casa y quitaran los nidos. Pero cuando ha venido a principios de julio se ha encontrado ese nido de nuevo y cuatro crías que días después han echado a volar, pero que vuelven una y otra vez al nido, usándolo como reposadero. Ha escrito al Dr. Hugh M. S. Blair comunicándole que ahora ya puede afirmarse que esta interesantísima especie —que los británicos conocen como golondrina de las mezquitas para distinguirla de la común— está establecida en el sur de España y que los ornitólogos que visiten el país en un futuro no deberán perdérsela.

Nos hemos sentado frente a la mesa redonda de mármol blanco de ese mismo porche. Doña Violeta —al sol del mediodía veo que tiene los ojos también de un violeta pálido- nos acompaña después de su paseo mientras degustamos un amontillado superiorísimo que les ha regalado mi padre. Les agradezco mucho su amistad y que me traten como un hijo, que así me siento. Las golondrinas dáuricas han recordado a Bill el continente africano que tanto ama y de nuevo comienza a relatarme aventuras del paso de un white hunter por Kenia. Una de las primeras que me relató fue el safari en el que cazó una de sus más preciadas piezas, el león de melena negra que donó al British Museum. Pero ahora hace que me ponga en pie y me enseña una de las ventanas de "Villa Violeta" que él mismo ha diseñado, copiando el sistema de los ferrocarriles del África Oriental Británica. El ventanal tiene tres barreras correderas. La exterior es una tela metálica mosquitera. En medio unas lamas fijas, inclinadas, de madera, para filtrar la luz. Y en el interior, los cristales. Un sistema perfecto que hasta vence al viento de Levante, que aquí sopla y gime. Un rastro indeleble de su estancia en África, donde aún conserva una granja de avestruces. Como lo es también la escopeta marca Holland & Holland, fabricada en Londres en 1883, con la que aún caza al paso la tórtola común, tan abundante en estos





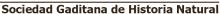
pinares de La Barrosa y en los retamares de la Punta del Boquerón. Y que también abatía en los aguaderos del arroyo de la Carrajuelilla que hacen linde con "Villa Violeta" y, sobre todo, en los puntales de los pinares de Cabo Roche.

El Hispano-Suiza de Bill me devolverá a Jerez esta tarde. Doña Violeta me transmite afectuosos besos para mi madre y mi padre. Pronto vendrá él mismo a visitarlos, porque cada verano acude al famoso balneario de Fuente Amarga con Cristóbal de la Quintana, el marido de mi tía Margara, y a veces le acompañan algunas de sus siete hijas y Miss Byrne, por supuesto, la temida nanny, la institutriz. Pero antes vendrá Dolly, la hermana de doña Violeta, con su hija, Dagmar, y su marido, el marqués de Tamarón, con el pequeño Santiago. Y, como siempre desde que Bill y Doña Violeta compraron este sereno paraíso, don Guido Dingwall-Williams y su mujer, Nina, que pasarán unos días reconfortantes y familiares. A su hija, Ana Cristina, Bill la pintó siendo aún niña sobre la orilla de esta playa, en el que es uno de sus escasos retratos y, sin duda, de las primeras obras en la que, de fondo, destaca el brillo y la claridad del mar de Chiclana. Ella tampoco faltará, pronto se va a casar con mi primo Beltrán Domecq y vendrá sin duda a su cita de cada verano en "Villa Violeta", la primera "casa de recreo" que habita La Barrosa. Este espacio luminoso y vibrante, donde el cálido color amarillo pajizo de la arena, el verde de los pinares, el azul claro del cielo, los tonos celestes y violetas del océano, los menudos toques en blanco de la espuma del mar en la orilla llenan los cuadros de Bill. Y el alma de Doña Violeta. De todos, diría, como yo, de cuantos vienen, afortunados de ser invitados por unos anfitriones tan generosos, al pinar y a la playa donde los británicos ganaron una batalla imposible al Ejército Imperial de Napoleón, pero donde esos mismos británicos han sabido, antes que nadie, ver que estamos en el mismo umbral de Doñana y en un paraíso de la ornitología y la naturaleza. Ojalá se conserve muchos años.

Chiclana, julio-agosto de 2017

La historia de "Villa Violeta" es realmente desconocida. Este relato tiene muchas fuentes y deudores, en cuanto que ha querido ser fiel con la historia de la finca y de la casa de recreo del matrimonio que formaron doña Violeta Buck y William Hutton Riddell y de su huella en la playa de La Barrosa. Igual de fidedigno he intentado ser con las especies de aves y flora de las playas de La Barrosa y de Sancti Petri en aquellos años 40. Podría ser, es cierto, que algunas aves no coincidieran ese mes de julio de 1944, pero el texto —como algunas obras pictóricas de Bill, como le llamaban familiarmente— no deja de ser simbólico en cuanto que retrata un verano que representa otros muchos veranos. Es importante aclarar, no obstante, que en aquellos años los ornitólogos españoles, y más aún en conversación con un británico, nombraban a las aves por su nombre en inglés. Hasta 1954, cuando el profesor Francisco Bernis —con la inestimable colaboración del propio Mauricio González-Gordon- publicó su "Prontuario de la avifauna española", no comenzó a extenderse su denominación en español. En este texto se ha optado por citar las aves en este idioma nuestro, en cuanto facilitará una mejor comprensión por el lector.

Entre todos los deudores de este relato, quizás el primero de ellos sea Mauricio González-Gordon Díez, a quien me he permitido colocar como narrador. Bodeguero y gran naturalista, sin él hoy no existiría el Parque Nacional de Doñana. De hecho, algunas de las historias que se narran en este relato las dejó escritas el propio Mauricio, que ciertamente consideraba a Bill Riddell como su mentor ornitológico y naturalista. Otras proceden del historiador medievalista Luis Mora-Figueroa Dingwall-Williams, quien más y mejor ha escrito de Walter John Buck, su bisabuelo, y por añadidura de doña Violeta y el propio Riddell, sus tíos abuelos. Al igual que de su hermano, el diplomático Santiago Mora-Figueroa Williams, marqués de Tamarón, y su hijo, Diego Mora-Figueroa Yturbe, marqués de Saavedra, que nos han abierto las puertas del castillo de Arcos y de su memoria. Este relato no habría sido posible sin la complicidad de la familia Mora-Figueroa, y por extensión de Ana Romero Galán. Pero habría sido también totalmente inviable sin la predisposición de un gran ornitólogo, cazador y bodeguero como Javier Hidalgo y, en especial, de la Sociedad Gaditana de Historia Natural, que preside Francisco Hortas, coordinador junto a Javier Ruiz del proyecto 'Limes Platalea', que ha puesto la migración de las





en el mapa internacional. A ellos cabe darles el mérito de ser los primeros en intentar rescatar la historia de "Villa Violeta", cuya importancia ornitológica excede este relato, en cuanto que tras el fallecimiento de Bill Riddell en 1946 son don Guido Dingwall-Williams Humbert y su hija, Anne Christine, quienes conservaron la propiedad y proyectaron aún más "Villa Violeta" como destino ornitológico. Recibieron en La Barrosa, por ejemplo, al mariscal de campo Lord Alanbrooke, mano derecha de Winston Churchill en la II Guerra Mundial, que además de prestigioso ornitólogo era un reconocido cámara documentalista. El nieto de don Guido e hijo mayor de Anne Christine, Beltrán Domecq Williams, ha preservado la tradición ornitológica y también la memoria familiar de la Batalla de La Barrosa.

Querría insistir, no obstante, en el agradecimiento al naturalista chiclanero Javier Ruiz, empeñado en salvar del olvido "Villa Violeta" y devolver el prestigio a W. H. Riddell como gran ornitólogo y figura esencial de la historia natural en la provincia de Cádiz y también en España. Y no solo, por tanto, como exquisito "pintor de pájaros y nubes", como le llamó José María Pemán. La figura de Bill Riddell, estoy seguro, se va a engrandecer próximamente. Sin Javier — y sin el proyecto "Limes Platalea"— este relato no se habría ni siquiera esbozado. Javier Ruiz y la Sociedad Gaditana de Historia Natural protagonizan, además, una extraordinaria puesta en valor de la ornitología y, en general, de la historia natural de la provincia de Cádiz, evidentemente también de Chiclana.

En último lugar, y no por ello menos relevante, debería anotar que mi interés por doña Violeta y Bill Riddell nació en el seno de la Asociación Pro Fundación Batalla de La Barrosa, que pretende promover y difundir el legado vinculado a aquel 5 de marzo de 1811 sobre la loma del Puerco. Y del que "Villa Violeta" es, como todos cuantos a ella están vinculados, parte fundamental.

Permitanme recomendar, finalmente, la lectura de los dos libros que escribieron Walter J. Buck y Abel Chapman—personajes también fundamentales en todo este relato—traducidos como "España agreste" y "España inexplorada", de los que existen varias versiones.

La playa y pinar de La Barrosa, como la marisma de Sancti Petri, forman parte indudable de una "gran Doñana" que ellos ya supieron intuir.

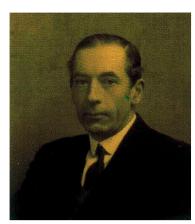


Foto de William Hutton Riddell



Portada del libro "de Torre a Torre". Editorial Navarro

Publicado en: De Torre a Torre. Historias de la playa de La Barrosa. Editorial Navarro-Círculo de Autores, Chiclana, 2017.

http://www.navarrolibreria.com

© Sociedad Gaditana de Historia Natural ISSN 2445-2718

e-mail: sghn96@gmail.com

Diseño y fotografía de portada: Carlos Soto Maquetación y montaje: Carlos Soto